Yuval N. Harari, *Sapiens: A brief history of humankind*, 2014, Londres, Harvill Secker, 443 pp.

RECEPCIÓN: 12 de marzo de 2015.

APROBACIÓN: 10 de septiembre de 2015.

Es un gran honor decir algunas palabras sobre el nuevo libro de Yuval Noah Harari, *Sapiens: A brief history of humankind*. Estamos ante un trabajo importante, no solo en el sentido histórico, sino también en el filosófico. Esa es la razón por la que deseo plantear algunas reflexiones en lugar de resumir el libro, que es muy largo. Invito al lector a seguir las páginas de Harari con pensamiento crítico y descubrir una forma nueva de aproximarse a la idea del hombre en su evolución (al margen de las discrepancias que se tengan).

Harari dice que descendemos de los simios, pero de una especie peculiar de simio: el *sapiens*. Vivimos en grupos o manadas, desarrollamos sistemas de comunicación, formamos bandas enfrentadas a otras e inventamos mitos con el objeto de establecernos en formas cohesionadas en espacios determinados. Como resultado, producimos límites, delimitamos fronteras, creamos sistemas defensivos, códigos y modos de organizar el orden social.

Un asunto muy importante es la idea del lenguaje. Es un instrumento para designar cosas, nombrarlas. Produce signos, combinaciones entre signos acordes a nuestros pensamientos. A través del lenguaje el *sapiens* ordena su vida en grupos, y alcanza a tener un entendimiento de la naturaleza. La revolución cognitiva es un salto: de pronto ocurre que el *sapiens* desarrolla el lenguaje y la capacidad de entender el mundo. Sin embargo, eso no significa que tal sistema de creencias (generadas a partir del entendimiento del mundo), correspondan a la realidad. El lenguaje es el puente que permite que los grupos tengan ideas acerca del mundo. Es un hecho que el lenguaje permite a los grupos enfrentar a otros grupos. Constituye una invención cuya necesidad es fundamental para hacer posible la voluntad de conocer algo. Sin embargo, es un proceso

RESEÑAS

de comunicación entre grupos que hace posible que uno de ellos se extienda sobre otros. Así, el grupo deviene una tribu, una nación, un Estado o un imperio. Entonces, en la revolución cognitiva el *sapiens* crea ideas intersubjetivas compartidas por todos los que proclaman que forman parte de la banda. La idea de compartir una red de creencias de manera intersubjetiva permite que haya política, jerarquías sociales (diferencias entre los que mandan y los que obedecen) y de paso separar un grupo más grande de otros más pequeños. Los lenguajes varían de un lugar a otro. Empero, la comunicación no siempre es una tarea sencilla. Las tradiciones orales se conservan por medio de la escritura. La invención de la escritura preservó las memorias, ayudó a enseñar a otros, a recordar y pasar el conocimiento de una generación a la otra. Muchas veces el “conocimiento” solamente se refiere a invenciones, mitos, imágenes, que se construyen para unificar una visión de lo real. Atrás de esas visiones hay procesos de ordenamiento, manipulación y control. El conocimiento no siempre se refiere a que las cosas ocurran como las pensamos: para Harari, conocer es compartir mitos y creencias cuya invención permite ordenar y jerarquizar los mandos dentro de una horda de simios *sapiens*.

La religión se define como un sistema de normas y valores fundados en un orden suprahumano. Constituye otra manera de formar agrupaciones, de unir bandas. Luego, la cohesión significa la necesidad de creer que hay un Dios, una clase de *sapiens* que cree que puede hablar en nombre de Dios (los hombres sagrados, diríamos), con el objeto de imponer a los demás las ideas míticas de salvación, alma, pecado, perdón y ley. A partir de ahí obedecemos al macho alfa de cada religión, dado que compartimos los mitos que tienen que ver con la idea de un hombre que conduce a otros hacia el “buen camino” de acuerdo con la idea de creación-salvación. El macho alfa religioso (el papa católico, por ejemplo) conoce todos los secretos, tiene el poder; por ende, le corresponde la misión de mantener unido al grupo de creyentes. Es necesario que el *sapiens* cree los mitos subjetivos con el objeto de preservar la obediencia, la esperanza y la paz. Y es en nombre de la defensa de un grupo que se hace la guerra religiosa a otros grupos con creencias diferentes: los *sapiens* son animales violentos, inventan dioses y se matan entre sí en nombre de esos dioses.

Harari nos habla del cambio del nomadismo al sedentarismo. La evolución ha movido a los humanos de ser monos *sapiens* recolectores y cazadores a ser grupos de monos *sapiens* que se establecen en un solo lugar. Esto ocurrió con la revolución agrícola. Al domesticar los granos, los *sapiens* ya no se tienen

que mover de un lugar. Así, las mujeres tienen más de un hijo. Eso conduce a la necesidad de más alimento, por lo que se comienza a acumular y almacenar comida. Se hacen calendarios, surge la propiedad, la idea de nación, fronteras y defensas (murallas, ejércitos). Cuando hablamos de hacer la paz, evitar la guerra o promoverla, alcanzar acuerdos entre grupos, también hablamos de reglas de intercambio económico esenciales para sobrevivir.

Otro tema importante se refiere al origen mismo de las civilizaciones en América. Dice Harari que los *sapiens* cruzaron a América hace 16 000 años, por el estrecho de Bering. Sin embargo, Harari desconoce que había *sapiens* en Aridamérica desde hace 33 000 años, de la misma forma que había establecimientos en Oasisamérica. Al respecto el autor no dice nada.

Argumenta Harari que hay una distinción entre enfoques subjetivos, objetivos e intersubjetivos. Es objetivo que un cuerpo cae de acuerdo con la ley de la gravedad; es subjetivo que yo pienso que tener un buen coche me hace mejor persona, mientras otro puede pensar que caminar hace que uno sea mejor persona. Las creencias intersubjetivas son aquellas que un grupo de gente comparte por convención. Los enfoques no se mezclan. Algo puede ser objetivamente verdadero pero en el sentido subjetivo casi todas nuestras creencias son invenciones. Y las necesitamos para vivir agrupados, defendernos unos de otros y evolucionar. Todo: el derecho, la moral, la religión, el sistema de mercado, la idea de empresa (caso Peugeot), la economía y las ciencias son invenciones del *sapiens*. Jamás veremos a un mono chimpancé levantando un cáliz mientras la masa de chimpancés rezan al Dios de los chimpancés (dice Harari). Los *sapiens* necesitan esos cuentos para agruparse y vivir; los chimpancés, no. Las invenciones intersubjetivas son producto de la imaginación, producen cohesión, ordenan jerarquías y delimitan quienes pertenecen a un grupo y quienes no pertenecen. Mas para Harari son meras ideas o invenciones; nada de eso es verdad en la realidad. Lo intersubjetivo da lugar a pautas de conducta compartidas y nada más. Pero mientras se mantenga la idea viva y compartida entre muchos, habrá lugar a formas de organización social entre los *sapiens* que de otra manera se destruirían. Y aunque hay una diferencia entre ciencia, imaginación y convención, las relaciones entre esos planos son diversas. Sí hay conocimiento de hechos objetivos en las ciencias, pero la mayoría de nuestras creencias son invenciones que el *sapiens* construye para prevalecer como especie.

Una pregunta que podemos hacerle al autor es acerca de los enfoques objetivos. Al hablar de ley, religión, dinero, orden político e intercambio general,

RESEÑAS

¿las ideas son meramente imaginarias? Es decir, ¿la religión, la ideología, la política, la economía, se basan en ideas meramente imaginarias? Sí, responde Harari: son invenciones o meros imaginarios que permiten funcionar como grupo y prevalecer. Y pone el ejemplo del dinero: si alguien cree que algo representa el valor de varias cosas con el objeto de crear un intercambio, y si todos creen que eso representa ese valor, entonces todos usarán ese representante en moneda o billete para hacer los intercambios (pero cien pesos no existen en ningún lado; son un diagrama en un papel y lo que representan es subjetivo. Nadie ve cien pesos reales caminando por la calle). Así se inventa el dinero, y con eso, la economía y lo bancario. Otro ejemplo: alguien cree que hay un Dios y un Hijo de Dios, lo que permite que un sacerdote domine a una masa de seguidores que creen que en la hostia, luego de una serie de pases mágicos, de pronto Dios está allí (en la hostia). Pero eso no tiene nada de verdad pues nunca veremos otros simios haciendo rituales tan extraños ni vemos a Dios meterse en el pan (Harari hace mofa de las ideas religiosas). Entonces, el dinero, las creencias religiosas, se hacen para que haya orden, intercambios, jerarquías y controles. Nada de verdad hay en ello: bastaría que dejásemos de creer en el valor de intercambio mediante la representación de valor para que el dinero desapareciera (y toda la economía) o que las masas dejaran de creer que en el pan está Dios para que se acabase el catolicismo. Todo depende, entonces, de creaciones mentales. Pero la evolución de la especie *sapiens* ha logrado esas invenciones sofisticadas para ordenar la vida que llamamos “civilizada”, “racional”, “moderna”.

Finalmente, solemos pensar que las naciones son importantes. Pero olvidamos que grupos más grandes tienden a incorporar grupos más pequeños. Así, un grupo más grande con herramientas más modernas somete a grupos más débiles y crea imperios. No hay momento en la historia en el que un imperio no someta a otro. Los países de América latina hablan español (la mayoría de ellos) como resultado de la conquista española. De la misma forma, Israel tiene más que ver con formas inglesas y germánicas propias del Imperio Británico que inventó el estado de Israel, que con la Judea histórica. La idea de la democracia fue inventada en Francia, sumada a la economía de libre cambio e industrialización británica, y se expandió por todo el orbe. Podría haber otros sistemas políticos más eficientes.

Conforme evolucionamos como *sapiens* avanzamos en la creación de aparatos, tecnología, inteligencia artificial, ingeniería genética, para vivir más “confortablemente”. Pero estamos generando máquinas, cuerpos con máquinas. Mutaciones que podrán permitir que un ser humano viva por siempre;

o que tenga piezas mecánicas que suplan las funciones orgánicas. Y vamos hacia una nueva era de “robots”, la especie *sapiens* podría desaparecer. Devastamos la naturaleza, contaminamos la atmósfera, calentamos el planeta, seguimos haciendo guerras, como los forajidos de hace miles de años, porque nuestros genes simiescos siguen ahí. El poder del capital, la especulación, la información y la velocidad rebasan la capacidad de control humano. Y el humano se vuelve un ser automatizado con una vida alienada.

El poder, la investigación y el conocimiento constituyen los tres brazos del árbol del dominio. Los grupos que posean más elementos de ese árbol serán ricos, controlarán al resto y los otros se extinguirán o sobrevivirán imitando a los poderosos. Si bien evolucionamos para mantener la cohesión y sobrevivir, es posible que el salto nos lleve a la extinción. La teoría de la evolución como selección natural nos ayuda a comprender al *sapiens* en la historia, pero hacia el futuro parece que ese proceso se detendrá. Es tiempo de que descubramos nuestra ignorancia y reinventemos nuevas formas de convivencia antes de que terminemos la vida *sapiens* en la Tierra.

Mucho se puede criticar al texto de Harari. Su nominalismo, su rechazo de la verdad, la negación de las religiones, la metafísica y lo humano del hombre en su dignidad. Sobre todo, que se piense que todo son invenciones en la evolución hacia un futuro de máquinas. En todo caso, el problema del relativismo evolucionista ateo de Harari es que nos deja como monos inteligentes que tendremos que inventar nuevas formas de convivencia antes de que el desarrollo robótico nos lleve a un salto evolutivo en el que la especie *sapiens* deje de ser lo que es. ¿De verdad somos monos, pero monos más inteligentes? ¿De verdad todo lo demás son invenciones? Y por ende, ¿somos los monos que vivimos en la fantasía? Leer a Harari con sentido crítico vale la pena; pero cuidado con pensar que todo es imaginario, pues entonces estamos ante otra invención: el mito Harari.

JOSÉ MANUEL OROZCO GARIBAY
Departamento Académico de Estudios Generales
Instituto Tecnológico Autónomo de México